

VI. LA REALIDAD DE LOS SÍMBOLOS.

Después que Bummi murió, decía Groddeck tristemente, ya no quedaba nadie que lo llamara “Pat”. Se sentía deprimido, “en bancarrota mental”, como decía. “Me sentía viejo, cansado de todo lo que antes apreciaba y, sobre todo, mi labor como médico se había vuelto desagradable. Sólo la realizaba por la retribución... En esa época me dediqué al tratamiento de una dama que estaba gravemente enferma.”

La dama era Fräulein G., una solterona, afectada por más de una ominosa enfermedad. Había sufrido varias operaciones serias, y llegó a Baden-Baden con una maleta llena de medicinas. El médico que la mandó allí daba por seguro que “pronto se acabarían sus sufrimientos”.

Como era su costumbre, Groddeck la visitó en la mañana siguiente a su llegada. Como todos los cuartos de los pacientes, aquel estaba amueblado sencillamente con una cama, una cómoda, un guardarropa, un hornillo de ladrillos para la calefacción, un sillón, un taburete, un pequeño escritorio y una silla. Cuando llegó al cuarto, Groddeck observó que el bacín y el taburete habían sido colocados en el corredor, frente a la puerta de la paciente.

La paciente estaba acostada, apoyada en varias almohadas. Tenía los labios azules, las uñas oscuras; estaba terriblemente demacrada y tan agotada por el viaje hasta Baden-Baden que apenas podía hablar.

Como estaba obviamente cerca de la muerte, Groddeck se mostró extremadamente amable con ella. Se sentó en el sillón y le habló con suavidad. Escuchó atentamente cuando ella hizo esfuerzos por hablar. Cuando quería, era un excelente auditor. Fräulein G. había estado en más de un sitio de aguas minerales, había sido tratada por médicos en Berlín y en Colonia; había sido operada, había recibido casi todos los “tratamientos” de moda. Sabía que estaba muy enferma. Mientras hablaba, él movía la cabeza y le respondía con murmullos alentadores. Había oído la misma historia muchas veces. Distraídamente, empezó a mecer la borla del tapetito a la cabecera del sillón.

Ella se incorporó y comenzó a hablar agitadamente, en voz mucho más alta de lo que había sido capaz hasta ese momento. Le rogó que dejara de hacer eso. Simplemente, no podía soportarlo.

El doctor dejó la borla y dijo cortésmente que sentía haberla molestado. Unos minutos después se dio un tirón, con aire ausente, a la punta de la nariz. Ella volvió a enderezarse. Una vez más le pidió que dejara de hacerlo.

Él se sintió perdido. ¿Qué otros movimientos estaban prohibidos? Dijo con aire contrito que lo sentía, pero quizás ella pudiera decirle... ¿qué otras cosas le molestaban?

Ella negó con la cabeza. No podía decirlo hasta que viera.

Él asintió. Consciente de sus gestos, palpó su nuevo estuche de reloj, un regalo, en forma de una calavera en miniatura. Echó una mirada a su cara y a su postura rígida, y la soltó rápidamente. Ella sugirió que quizás le gustaría examinar las medicinas que había llevado consigo.

Él aceptó, aliviado por pasar a un tema seguro, y le preguntó donde estaban. Ella movió la cabeza, en dirección al ropero. Como él vacilara, volvió a mover la cabeza, para indicar el ropero.

Él siguió esperando, aunque sabía lo que ella quería decir. No podía pronunciar la palabra. “Esa cosa para la ropa”, dijo por último.

No podía obligarse a pronunciar la palabra “ropero”. ¿Por qué no?

Pasó mucho rato con ella. Le explicó que ante un nuevo paciente su política era suprimir todas las medicinas por unos cuantos días. Ella aceptó en seguida, aunque su médico anterior le había advertido que

no podía vivir 24 horas sin las medicinas. Groddeck le dijo que la vería todos los días salvo los lunes, que eran sus días de descanso. A la dama le agradó que no descansara los domingos. ¿De modo que él también era un poco peculiar? Él contestó que creía serlo.

En el curso de la conversación, en la que puso gran interés, se enteró de que había muchas palabras que ella no podía pronunciar. No podía decir *taburete*, no podía decir *tubo de la estufa*. Había objetos que no podía tolerar cerca de ella, como el bacín y el taburete, que había habido que sacar del cuarto inmediatamente. Había gestos que la gente hacía por distracción, como tirarse de la nariz, tocarse el lóbulo de la oreja, dar vueltas a un lápiz, que la ponían al borde de un ataque de nervios. A Groddeck le pareció fascinante tratar de adivinar qué movimientos y qué palabras estaban prohibidos.

Muy interesado, por fin la dejó sola. Se fue con una lista mental de palabras y objetos que la molestaban, pero sin una clave de lo que eso significaba para ella. No se contentaría simplemente con llamarla peculiar, ni siquiera psicópata. Dar nombre al problema no explicaba nada.

Había otra cosa interesante acerca de aquella mujer. Había llegado al sanatorio acompañada de su hermana. El ama de llaves informó que la hermana debía estar presente en todas las consultas y exámenes. No obstante, cuando Groddeck fue a ver a la paciente, la encontró sola. Le dijeron que Fräulein G. lo había visto al entrar en el sanatorio, que le habían dicho que prefería ver a los pacientes solos, y que, sin discusión, había aceptado. ¿Por qué?

Desde un principio, ella puso en el médico una confianza infantil, pero su confianza era más que ordinaria. La mayoría de sus pacientes lo consideraban fuerte, molesto, como un padre estricto. Fräulein G. no lo consideró como un padre; lo consideró como una madre. “¡Es absurdo!”, se dijo Groddeck. No había nada que probara esa idea. Entró en su estudio y se miró curiosamente en el espejo. Con su cráneo afeitado, su cara de líneas profundas -un paciente le había preguntado recientemente si las líneas eran cicatrices de un duelo- no podía decirse que tuviera un aire maternal.

Por la mañana volvió a ver a Fräulein G. Había dormido bien por la noche, dijo ella con tono de agradecimiento, como si se lo debiera a él, y ahora estaba dispuesta a someterse a cualquier tratamiento que le sugiriera.

Le hizo un examen, que la dejó agotada. Se culpó a sí mismo. La pobre mujer no resistiría muchos procedimientos como ese. Le dijo que ordenaría una dieta especial, que debería tomar los baños, moderadamente calientes, y que la vería nuevamente por la mañana. Ella aceptó en seguida todo lo que él dijo, y él se fue, más desconcertado que antes.

La respuesta no llegó en seguida. Un día, le pareció simplemente divertido que ella no pudiera decir la palabra “taburete”. Otro día comprendió que la palabra significaba más para ella que “esa cosa para los pies”. Después de una semana, empezó a entender que el tubo de la estufa, negro y rígido, podía darle miedo, así como un dedo que señalara a algo podía ser amenazador. Gradualmente, fue entendiendo cada vez más el universo mental de Fräulein G.

El concepto de los símbolos no le era nuevo. La literatura estaba llena de símbolos. Pero nunca había conocido a nadie que viviera como si el símbolo tuviera la misma realidad que el objeto externo. Una vez que captó esa realidad, todos los circunloquios de Fräulein G. y sus prohibiciones tomaron un sentido. Por supuesto, no podía soportar ver a alguien jugar con una borla, atusarse el bigote, tirarse de la nariz: eso era masturbación. Por supuesto, una estufa caliente debía horrorizarla. Indudablemente, una caja era una mujer. Esos objetos eran sexuales para ella, no simbólicos, sino reales.

Además de la importancia anormal del simbolismo en el pensamiento de Fräulein G., había también el punto desconcertante de su actitud hacia él. Tenía plena confianza en el médico, lo cual no había hecho con ninguno de sus médicos anteriores. Le atribuía toda clase de buenas cualidades que él no poseía, pero que habían tenido figuras amadas en el pasado. Aquello no tenía sentido; era como si llegara a la conclusión de que debía ser amable porque tenía ojos azules y su primera niñera había tenido ojos azules y había sido buena. Pero, ¿y si la niñera hubiera tenido los ojos azules y hubiera sido cruel? Podría ser igualmente cierto.

Cuando Fräulein G. salió del sanatorio, comprendió Groddeck también este fenómeno y ella misma, aunque no estaba curada, se encontraba en mejor estado de salud de lo que hubiera podido soñar.

Repitió el juego de escuchar y observar con otra paciente. Para su satisfacción, también esa paciente revelaba la fuerza de los símbolos. Como en el caso de Fräulein G., los símbolos no eran reconocidos. Por ejemplo, a la segunda paciente la aterrorizaban los pájaros. No había ninguna razón explicable de ese miedo. Admitía fácilmente que los pájaros eran inofensivos, que ninguno la había asustado ni lastimado nunca, sabía que no envenenaban la atmósfera ni auguraban el mal. Pero, de cualquier manera, se sentía sumamente aterrorizada ante ellos.

Otra paciente era víctima de terror y náuseas al ver animales pequeños, tales como ratones y ardillas. Tampoco conocía la razón. Era, simplemente, una aversión. Los ratones, en especial, le resultaban repugnantes; siempre habían sido repugnantes. Y así sucesivamente. Todo el mundo reaccionaba ante los símbolos, pero pocos conocían su significado.

Una mujer con miedo a los ratones no era considerada como algo peculiar; el miedo a los ratones era común en las mujeres. ¿Significaban, pues, los ratones lo mismo para todas las mujeres? ¿Era el ratón un símbolo universal? ¿Había símbolos universales? Y, ¿cómo nunca se había dado cuenta de la alta proporción de mujeres que había entre sus clientes? Ocho de cada diez pacientes eran mujeres. Tenía que haber una razón de ello.

Groddeck estaba eufórico. Cada hora era fructífera, todo lo que veía y oía le daba una nueva idea. Algunas de las ideas eran tan sorprendentes e interesantes que quería dejar todo lo demás, limpiar el escritorio de todos los otros trabajos, y escribir sobre eso. Era algo nuevo, algo absolutamente original. Empezó a anotar lo que estaba viendo, lo que estaba oyendo, lo que se le estaba ocurriendo. Cuando releía lo que había escrito, se le ocurrían nuevas ideas.

Algunas cosas le parecían tan obvias y verdaderas que se maravillaba de no haberlas visto antes. Surgían nuevas preguntas. ¿Cuál era la importancia de la actitud del paciente hacia el médico? ¿Por qué su padre enfermo siempre mejoraba cuando venía el médico? ¿Cuál era la fuerza de un sentimiento? ¿Había una especie de *deseo* inconsciente de estar enfermo? ¿Cuál era el verdadero sentido de los movimientos aparentemente fortuitos y los gestos habituales?

Por primera vez, se veía a sí mismo objetivamente, y a Else, su mujer, que ya no estaba enamorada de él, si es que lo había estado alguna vez. Observaba, como si lo hubieran transportado a otro país, a todos los que lo rodeaban. Advertía que el ser humano puede expresarse más verdaderamente en su porte, su expresión facial, sus manos, el temblor de un párpado, que en las palabras más sentidas.

Durante meses prosiguió sus observaciones, comprobando y apreciando. Seguía practicando la medicina, pero sus métodos estaban cambiando antes que él mismo se diera cuenta de lo que ocurría. Las órdenes perentorias se convertían en preguntas. La arrogancia se convertía en timidez. Las consultas se convertían en ratos de tranquila conversación. Con los viejos métodos, él sabía perfectamente qué podía lograr. Sus resultados no habían sido despreciables. En realidad, sus éxitos habían sido lo suficientemente impresionantes para llenar la sala de espera con casos crónicos. Otros médicos acostumbraban enviarle los casos que no respondían al tratamiento y los pacientes desahuciados. Pero aun con éstos, ahora, sus resultados eran sorprendentes. Empezó a ganarse la reputación de un médico milagroso. “En su sala de espera”, escribió Von Roeder, “los duques se sentaban al lado de los trabajadores. Trataba casos que habían sido abandonados por especialistas de Holanda, Inglaterra y los países nórdicos”.

Pero el libro sobre Schweninger tantas veces aplazado, una obligación moral, todavía le pesaba en la conciencia. Iba mucho más allá que Schweninger y todavía no había hecho justicia a su maestro. Sacó sus notas, se puso a trabajar y escribió rápidamente el libro.

Con el título de *Nasamecu*, del latín *Natura sanat, medicus curat* (*La naturaleza sana, la medicina cura*), que expresaba la creencia básica de Schweninger, el libro fue publicado en 1913. Schweninger había enseñado que la función del médico era contribuir a poner en movimiento el proceso de curación y el subtítulo era: “La comprensión de la persona en la salud y la enfermedad.”

VI. “La realidad de los símbolos”, pp. 42-46, EL PSICOANALISTA PROFANO. Vida y obra de Georg Groddeck, Carl M Grossman y Sylva Grossman, 1ª Edición en español, 1967, Biblioteca de Psicología y Psicoanálisis, Editorial Fondo de Cultura Económica, México.

Volver a publicaciones de y sobre Georg Groddeck

Volver a News 7-ex-61